

Estas medidas, aunque hicieron impopular á Takos, le permitieron armar 80.000 hombres de tropas indígenas y 10.000 griegos, tripular una escuadra de 200 velas y contratar á los mejores generales de la época. Su ansia en este punto le perjudicó. Tenía á Cabrias y la alianza de Atenas, pero quiso además á Agesilao y la alianza con Esparta. Agesilao, á pesar de sus ochenta años y de sus achaques no era insensible á las ganancias y á la vanidad y le halagó el ofrecimiento del mando supremo, partiendo á Egipto con mil hólitas. La primera decepción le aguardaba al desembarcar. Takos le confió el mando de los mercenarios, pero conservó la dirección general de la guerra, y puso la escuadra á las órdenes de Cabrias. El anciano héroe, después de haber manifestado su descontento exagerando la rudeza espartana, se dejó apaciguar con regalos, y consintió en aceptar el puesto que le daban. Pronto estallaron disensiones más graves entre él y sus aliados. Habría querido que Takos se quedara en Egipto, dejando á sus generales la dirección de las expediciones. La facilidad con que los jefes de grupos pasaban de un bando á otro, según la inspiración del momento, no podía inspirar mucha confianza al egipcio. El Faraón se negó á lo pedido, confió la regencia á su cuñado, llamado también Takos, y se dirigió al campamento para ponerse al frente del ejército personalmente. Los persas no eran bastante numerosos para arriesgarse en campo raso. Takos encargó á su primo Nakhthonabut (Nectanebo II), hijo del regente, que los sitiara en sus fortalezas. Como la guerra se iba alargando el descontento se deslizó entre las tropas indígenas, y se promovieron traiciones. Los recursos financieros de Cabrias habían exasperado á los sacerdotes y al pueblo bajo. Las quejas, ahogadas al principio por temor á los mercenarios, estallaron en cuanto atravesó la frontera la expedición, alejándose de Egipto. El regente, en vez de tratar de apaciguar los ánimos, alentó á los griegos por bajo cuerda, y escribió á su hijo para avisarle lo que pasaba y exhortarle á ceñir la corona. Nectanebo ganó para su causa á los egipcios que mandaba, pero de nada le servía esto mientras no se declararan los griegos en su favor. Cabrias se negó á faltar á los compromisos contraídos, pero Agesilao no tuvo los mismos escrúpulos. Su vanidad había padecido cruel-

mente desde que estaba en Egipto. Después de habérsele negado la categoría á la cual se creía con derecho, se habían burlado los cortesanos de su corta estatura, de sus achaques y de su groserería lacedemonia. Takos le juzgaba inferior á su fama, y se decía que le había aplicado el proverbio de la montaña que había parido un ratón, á lo cual había contestado Agesilao que si se presentaba ocasión para ello, se vería que era un león. Cuando Takos le encargó que marchara contra los soldados rebeldes, le manifestó irónicamente que le habían enviado para socorrer á los egipcios, pero no para combatirlos, y que antes de decidirse por uno de ambos competidores, consultaría á los éforos. Estos le dejaron en libertad de obrar como más conviniera á los intereses de la patria y se declaró en favor de Nectanebo, á pesar de las instancias de Cabrias. Abandonado Takos hasta por sus auxiliares, huyó á Sidón, y luego se refugió junto á Artajerjes, que le recibió bien y le puso al frente de las tropas que armaba contra Egipto.

El rumor de su caída, esparcido por el valle del Nilo, promovió una rebelión general. El apoyo de los extranjeros excitó la desconfianza de los indígenas, que aclamaron al príncipe de Mendes. Nectanebo abandonó las conquistas de su predecesor y llevó sus fuerzas á Egipto. Llegado á Pelusia, se encontró en presencia de un ejército poco disciplinado, pero numeroso y resuelto. Agesilao le aconsejó que atacara inmediatamente para no dar á los insurgentes tiempo de aguerrirse, pero ya no se le oía en la corte. El príncipe de Mendes había tratado de sobornarle, y aunque aquella vez hubiera demostrado Agesilao una lealtad inesperada, no se tenía fe en él. Nectanebo estableció su cuartel general en Tanis y su adversario quiso encerrarle allí. Ya estaba casi completo el círculo de trincheras que rodeaba á la ciudad, y escaseaban los víveres, cuando se autorizó á Agesilao para intentar una salida y éste forzó el bloqueo á favor de la obscuridad y á los pocos días ganó una victoria decisiva (359). Nectanebo le hubiera conservado consigo, porque temía un movimiento de los persas, pero el espartano, que estaba harto de Egipto y sus intrigas, se despidió y fué á morir de extenuación en la costa cirenaria. El ataque persa llegó al fin, pero flojo é incierto. Takos, que había de guiarlo, murió antes de que empezase, y las discordias de la familia

real impidieron que los otros generales hicieran cosa de provecho. El viejo Artajerjes tenía tres hijos de su mujer Estatira: Darío, Ariarpes y Ocos. Darío, que era el mayor, había sido reconocido solemnemente heredero presunto, pero ante la amenaza de verse suplantado por Ocos, conspiró contra su padre, fué descubierto, encarcelado y ajusticiado en su calabozo. A Ariarpes le correspondía sucederle como heredero, pero Ocos le convenció de que su padre pensaba matarlo ignominiosamente y le impulsó á suicidarse para no caer en manos del verdugo. Quedaba el bastardo Arsames, nacido de una criada del harem, y que manifestaba pretensiones á la corona. Ocos le asesinó y Artajerjes no sobrevivió á este último golpe, pues murió de pena, después de reinar cincuenta y seis años. (362).

Artajerjes III, Ocos (359-333); conquista de Egipto; los últimos Aqueménidas; Darío III y Alejandro de Macedonia; caída del imperio persa.

Artajerjes III, ó sea Ocos, empezó con una matanza; Degolló á todos los príncipes de la familia real y libre ya de los pretendientes que podían haberle disputado la corona, reanudó los preparativos de guerra interrumpidos por la muerte de su padre y por su propio advenimiento. Nunca había sido tan apremiante la necesidad de restablecer el dominio persa á las orillas del Nilo. Sesenta años hacía que Egipto había recobrado su independencia y no había dejado de provocar dificultades y conflictos al gran rey. Al principio, la mayor parte de los contemporáneos, helenos ó bárbaros, habían pensado que el movimiento nacional de Amirteo no era más que una rebelión pasajera, que podría reprimirse fácilmente. Pero cuando se vió á las dinastías indígenas perpetuarse y luchar con ventajas á pesar de la evidente inferioridad de sus recursos; cuando no sólo las tropas más valientes de Asia, sino también los mejores generales griegos fracasaron miserablemente en sus asaltos al frente del Delta, los pueblos de Siria empezaron á creer que lo posible en Africa también podía serlo en Asia, y á seguir con interés personal la sucesión de los acontecimientos. En cuanto pensaba rebelarse un sátrapa ó un rey vasallo, consideraba á Egipto como aliado natural, y por necesitado que estuviese el Fa-

raón encontraba dinero, municiones, barcos y hombres para quien quisiera hacer daño al imperio persa. El primer ataque de Ocos fué rechazado con pérdida. Diófantos de Atenas y Lamios de Esparta, que mandaban las tropas de Nectanebo, le derrotaron y obligaron á retirarse. Las provincias ribereñas del Mediterráneo, agitadas sin cesar desde la rebelión de Evágoras y la campaña de Takos, aprovecharon la ocasión que parecía favorable. Artabazes sublevó el Asia Menor; nueve régulos cipriotas se declararon independientes; Fenicia vacilaba todavía, pero la decidieron la insolencia del sátrapa, la codicia de los generales y la indisciplina de los soldados que volvían de Egipto. En una asamblea celebrada en Trípoli, los representantes de las ciudades fenicias confirieron á Tenés, príncipe de Sidón, el peligroso honor de dirigir las operaciones militares, y su primer acto fué destruir el parque real que los persas tenían en el Líbano y quemar las provisiones acumuladas en los puertos para la guerra de Egipto.

Ocos empezó por creer que sus lugartenientes darían pronto cuenta de estos movimientos, y en efecto, Idrico, tirano de Caria, con 8.000 mercenarios mandados por Foción, ateniense, venció á los cipriotas sin gran trabajo, pero en Asia Menor, Artabazes, auxiliado por Atenas y Tebas, hizo frente á las tropas enviadas contra él, y Tenés obtuvo en Siria señalada victoria. Había implorado, naturalmente, el auxilio de Nectanebo, el cual le había prestado 4.000 griegos y su mejor general, Mentor el Rodio. Beleris, sátrapa de Siria, y Mazeos, sátrapa de Cilicia, fueron derrotados sucesivamente. Ocos reunió para el último ataque 330.000 asáticos y 10.000 helenos: los sidonios, por su parte, se rodearon de Triglifoso, levantaron los muros y quemaron sus buques. Desgraciadamente, su jefe no era enérgico. Hasta el día de rebelarse Tenés sólo había vivido para el placer. Rodeado de músicos y bailarinas que sacaba de Jonia y Grecia, cifraba su ambición en superar en lujo y magnificencia á todos los príncipes de Chipre. Al aproximarse Ocos perdió el poco ánimo que le quedaba y trató de borrar con una nueva traición la traición pasada. Envió al campo persa á su amigo y confidente Tesalión, proponiendo entregar á Sidón y guiar á los persas en Egipto, con tal que le dejaran la vida y la categoría que disfrutaba. Ocos lo aceptó así, y Tenés tomó sus disposiciones para cumplir sus compromisos.

Cuando los persas estaban á pocas jornadas de distancia, pretextó una asamblea general de los fenicios y se llevó á los cien ciudadanos principales al campamento enemigo, donde fueron asesinados. Abandonados los sidonios por su rey, querían resistir todavía, pero Mentor les declaró que sus mercenarios meterían al enemigo en la plaza á la primera intimación. Se resignaron entonces á implorar la clemencia del vencedor, y 500 habitantes fueron á pedirselo con ramas de oliva en la mano. Ocos era el más cruel de los soberanos que habían reinado en Persia, quizá el único sanguinario por naturaleza y trató á aquellos como había tratado á los demás. El resto de la población, comprendiendo que no le quedaba más que morir, se encerró en las casas y las incendió. 40.000 personas perecieron entre las llamas, y tal era el lujo de las habitaciones particulares, que se pagó muy caro el derecho de sacar las barras de oro y plata que se hallaron entre los escombros. Castigada la ciudad, le tocó la vez á Tenés, que fué entregado al verdugo y las demás ciudades fenicias se rindieron sin combatir.

Arreglados los asuntos de Siria, entró Ocos inmediatamente en campaña contra Egipto. Sus victorias le habían asegurado la sumisión de las provincias vacilantes. El ejército se dividió en tres cuerpos, mandados cada uno por un jefe bárbaro y un griego. Al pasar por los pantanos de Sirbón perdió algunos batallones que se hundieron en los arenales movedizos. Llegados delante de Pelusia, encontraron al enemigo dispuesto á recibirlos. Nectanebo tenía menos hombres que su adversario (60.000 egipcios, 20.000 libios y otros tantos griegos), pero el recuerdo de los triunfos conseguidos en desigualdad de fuerzas por él y por sus antecesores, le inspiraba confianza en el resultado del combate. Su escuadra no podía hacer frente en el mar á las armadas combinadas de Chipre y Fenicia, pero tenía bastantes embarcaciones de fondo chato para defender las desembocaduras del Nilo. Los puntos débiles de su frontera estaban cubiertos por fortalezas y campamentos atrincherados: todas las medidas estaban tomadas para una guerra defensiva.

El imprudente ardor de sus auxiliares griegos desconcertó sus planes. Pelusia estaba ocupada por 5.000 de ellos, mandados por Filofrón. Algunos de los tebanos que servían con Lacrates en el ejército persa, ganosos de justificar una vez

más la fama de valor que les habían dado las campañas de Epaminondas, atravesaron un canal hondo que los separaba de la ciudad y provocaron á la guarnición á un encuentro en campo raso. Filofrón aceptó el desafío y les disputó la victoria hasta el anochecer. Al otro día sangró Lacrates el canal, colocó en él un dique y con todos sus soldados empezó á atacar la ciudad con sus máquinas. En pocos días abrió brecha, pero los egipcios manejaban el pico tan bien como la espada, y mientras se derrumbaba la muralla exterior, levantaban por detrás un muro nuevo. Acudió Nectanebo con 30.000 indígenas, 5.000 griegos y la mitad del contingente libio, y desde lejos siguió las peripecias del asedio, impidiendo con su sola presencia el avance de los persas. Pasaban las semanas, y parecía que la táctica de contemporizar iba á dar su resultado acostumbrado, cuando un incidente imprevisto complicó la situación. Entre los jefes que militaban á las órdenes de Ocos había un tal Nicóstrato de Argos, comparado con Hércules por su fuerza prodigiosa, y que gastaba, como aquel héroe, la piel de león y la maza. Inspirándose indudablemente en el plan sugerido en otro tiempo por Ificrates á Farnabazes, Nicóstrato obligó á algunos campesinos cuyos hijos y mujeres habían caído en su poder, á que le sirvieran de guías, penetró en una boca del Nilo no fortificada por los egipcios, desembarcó sus tropas y se fortificó á retaguardia de Nectanebo. La empresa acometida con pocos hombres era muy osada. Si los mercenarios se hubieran limitado á hostigar á Nicóstrato sin aceptar el combate, le habrían obligado á reembarcarse ó á rendirse. La impaciencia lo echó á perder todo. Los 5.000 que formaban la guarnición de la ciudad vecina, salieron al encuentro del argivo á las órdenes de Clinias de Cos, y fueron derrotados. La brecha estaba practicable si los persas, alentados por el triunfo de Nicóstrato, se precipitaban resueltamente por ella. Nectanebo podía quedar separado del resto de las tropas que tenía en la extrema frontera oriental, y perdido sin remedio, se replegó á la punta del Delta. Mientras trataba de concentrar en Memfis los elementos de un cuerpo nuevo, el ejército que quedaba detrás se creyó abandonado y se desalentó. Pelusia se rindió á Lacraes. Mentor ocupó á Bubaste, y las ciudades más fuertes, temiendo la suerte de Sidón, se rindieron casi sin resistencia. Desesperado Nectanebo por estas derrotas suce-



1. Un puerto fenicio. 2. Sitio de una ciudad por los asirios

sivas, huyó á Etiopía con sus tropas. El afortunado golpe de mano de Nicóstrato había devuelto la integridad al imperio persa (342).

La serie de las últimas dinastías, en cuanto se puede reconstituir hoy, fué la siguiente:

XXVII DINASTÍA (PERSA)

- I. Mosutri Kambuti.
- II. (Gaumata).
- III. Satutri Ntariusha.
- IV. Khshayarsha.
- V. Artakhshatra.
- VI. Sanentonen-Sotpenphtah Khabbisha.
- VII.
- VIII.
- IX. Mianmuri Ntariusha.

XXVIII DINASTÍA (SAÍTA)

- I.

XXIX DINASTÍA (MENDESIA)

- I. Binri Minutira, Neforit I.
- II. Khnummais-Sotpenkhnun Hakori.
- III. Usirphtahri Psimut.
- IV.
- V. Neforit II.

XXX DINASTÍA (SEBENÍTICA)

- I. Sanotmibri Sotopenanhuri Nakhtarhab bi Mianhubi Siisit,
- II. Irmaniri Taho Sotpunianhuri.
- III. Khopirkeri Nakhtoniabut.

Egipto había prosperado bajo la administración de los últimos Faraones indígenas. Desde Amirteo hasta Nectanebo se habían esforzado en borrar las huellas de las invasiones extranjeras y por devolver al país el aspecto que tenía antes de la conquista. Hasta los que habían reinado poquísimos, como Psamutis y Takos, construyeron y adornaron templos. La Tebaida, descuidada por los primeros Aqueménidas, fué objeto de gran esmero. La isla de Filoe, asolada por los etíopes, era un montón de ruinas. Nectanebo II cimentó allí algunos de los edificios que existen hoy. Varios santuarios fueron restaurados, y embellecidas las ciudades de Tebas, Memfis, Sebennitos, Bubaste, Pahabi y Patumu.

La victoria de Ocos dió á Egipto un golpe qui-

zás más funesto que la invasión de Cambises. Ocos tenía motivos personales para odiar á los egipcios, que le habían comparado á Tifón por lo cruel, y le llamaban borrico, porque este animal estaba consagrado al dios del mal. Llegado á Memfis, dícese que ordenó que le guisaran el buey Apis para ofrecer un banquete á sus amigos, y entronizó en el templo de Phtah á un borrico, al cual mandó tributar homenajes divinos. El macho cabrío de Mendes tuvo la misma suerte que el buey de Apis. Los templos fueron saqueados, los libros sagrados llevados á Persia, y los principales partidarios de la monarquía indígena degollados. Después de llevados á cabo los suplicios, los mercenarios griegos regresaron á su patria cargados de botín, y el gran rey emprendió el camino de Susa, dejando á Ferendates encargado de la satrapía reconquistada.

Al eunuco Bagoas y al rodio Mentor (que eran quienes más habían contribuido á la victoria) les confió el gobierno del imperio. Mentor redujo rápidamente á las provincias marítimas de Asia. Artabazes renunció á la lucha y se refugió junto á Filipo de Macedonia. Los tiranos que mandaban en las costas del Mar Egeo y del Helesponto, ó se sometieron voluntariamente ó se resistieron y fueron muertos, como Hermias, amigo de Aristóteles. Durante algunos años, recobró Persia, al parecer, el influjo preponderante que había perdido desde el advenimiento de Artajerjes II, y Ocos fué comparado por sus contemporáneos con Ciro, Cambises y Darío. No era esto justo, pues Ocos, á pesar de sus victorias en Egipto y Siria, no era más que un déspota oriental del tipo ordinario. Su gobierno tenía apariencias de fuerte, pero los pueblos en los cuales mandaba, extraños unos á otros, apenas comprimidos por los sátrapas, tendían cada vez más á separarse. Ya sólo existían nominalmente algunos de los gobiernos instituidos por Darío siglo y medio antes. Al Norte, hacia las fuentes del Eufrates, el Tigris y el Halys, no había más que una masa confusa de reinos y tribus. Unos, como los armenios, reconocían todavía la hegemonía persa; otros, como los gordineos, trocos, calibos, cólquidos, moinecos y tibarenes, dependían sólo de sí mismos. Los reyes de Bitinia, Palagonia y el Ponto pagaban el tributo de una manera intermitente; los misios, pisidios y licaonios no lo pagaban nunca. El desorden era igual allende el Tigris, donde había quienes resistían contra la autori-

dad persa, y otros ya no eran súbditos, sino aliados benévulos.

Y mientras el territorio se achicaba, la administración, tan ingeniosamente trazada por Darío, quebrantábase por la negligencia y debilidad de sus sucesores. Cada vez se enviaban menos inspectores á las provincias, é iba desapareciendo la distinción entre el poder militar y el civil. El general en casi todas partes era gobernador y tenía varias satrapías en sus manos. El ejército y la renta eran todavía los mayores del mundo, pero los batallones habían perdido mucho de su valía. No se había debilitado el antiguo valor de persas, medos, bactrianos y otras razas iránias, pero nadie se había ocupado en ponerlos al corriente de los progresos del arte militar en el último siglo. Sus contingentes no eran más que grupos pesados y sin disciplina, fáciles de vencer no obstante la valentía indiscutible de sus individuos. Instruirlos habría sido largo y peligroso, y se prefería juntarlos con mercenarios pagados á precio elevado. Desde el tiempo de Artajerjes II, los griegos formaban el núcleo de las fuerzas persas. Los ejércitos del gran rey tenían generales helenos de la escuela de Agesilao, Híerates y Epaminondas. Las escuadras estaban á las órdenes de admirantes griegos y á la preponderancia del elemento europeo debió Ocos sus victorias.

No tenía el pueblo la culpa de esta rápida decadencia. Los persas seguían siendo sobrios, honrados é intrépidos, pero la dinastía y las familias aristocráticas habían degenerado hasta el punto de imposibilitar la salvación. Los primeros Aqueménidas habían arreglado por sí mismos todos los negocios de Estado, pero luego la campaña de Grecia había hecho aborrecible para Jerjes I la realeza militante y se había encerrado en su harem, delegando en sus generales el honor peligroso de combatir, y en el eunuco Aspamitres los cuidados del gobierno. Lo mismo habían procedido sus sucesores, interviniendo pocas veces en las operaciones militares. Ni Artajerjes I ni Darío Notos aparecieron en ningún campo de batalla y Artajerjes II asistió únicamente á dos de las guerras que ensangrentaron su reinado. Ocos, que parecía querer renovar la tradición de los fundadores del imperio, volvió á Susa después de sus victorias en Siria y en Egipto. La vida de los príncipes se consumía entre los crímenes é intrigas del harem. Criados

por mujeres y eunucos, rodeados desde la infancia por los refinamientos del lujo, se cansaban pronto de pensar y obrar, y caían inconscientemente bajo la tutela de algún favorito. La sanguinaria Parisatis reinaba bajo el nombre de su marido Darío y de su hijo Artajerjes II. Bagoas guió como quiso á Ocos cerca de seis años, pero su influencia fué provechosa para el país. Macedonia, separada mucho tiempo del movimiento general, empezó á entrar en el concierto helénico. Comprendió Bagoas el peligro de dejarla tomar ascendiente y reunir en un haz las fuerzas dispersas de Grecia. Prestó, por esto, eficaz ayuda á todos los enemigos de Filipo, algunos de los cuales recibieron auxilios que les permitieron rechazar los ataques del macedonio (340). Pero mientras se ocupaba en precaver peligros, sus rivales en Susa trataban de perjudicarla en el ánimo del rey. Sus maniobras no le dejaron otra alternativa que matar ó perecer y envenenó á Ocos (338), dió el trono á Arses, que era el hijo más joven, y asesinó á los demás hijos. Egipto se regocijó al saberlo, y vió en el trágico fin de su vencedor el desquite de las divinidades ultrajadas. Pronto se dijo que Bagoas, de origen egipcio, se había deshecho del rey para vengar la muerte del Apis, añadiéndose que había arrojado á los gatos el cadáver, del cual había comido parte, y utilizado los huesos para hacer silbatos y mangos de cuchillos.

Arses fué al principio dócil instrumento de su ministro Bagoas. Cuando con los años se aficionó á la independencia y empezó á soportar mal el yugo, Bagoas lo sacrificó (como á Ocos) á su propia seguridad (327). Tantos asesinatos habían acabado con la familia Aqueménida y ya no sabía dónde encontrar un rey, hasta que se decidió en favor de su amigo Codomano, bisnieto, según unos, de Darío II, y ajeno, según otros, á la raza real. Codomano tomó el nombre de Darío. Valiente, generoso, clemente, deseoso de practicar el bien, valía más que los monarcas anteriores y merecía reinar en época de menor debilidad para el imperio. Bagoas no tardó en enterarse de que su protegido quería gobernar personalmente y trató de deshacerse de él, pero, por traición de un confidente, tuvo que beber el veneno destinado á Darío. Este no disfrutó mucho tiempo en paz del poder. Subió al trono el mismo año que Alejandro, pocos días antes de la batalla de Queronea, vió los peligros con que le amenazaba la ambición macedonia, y no pudo

evitarlos. Vencido en el Gránico, en Isso y en Arbelas, fué muerto al huir por uno de sus sátrapas (330). Alejandro el Macedonio heredó su imperio y la raza griega hizo en el mundo oriental el papel preponderante que ejerció Persia durante dos siglos. Los príncipes Aqueménidas que habían regido el imperio fueron los siguientes:

- I. Kurus.
- II. Kambusiya.
- III. Gaumata.
- IV. Daryavus I.
- V. Khshayarsha I.
- VI. Artakhshatra I.
- VII. Khshayarsha II.
- VIII.
- IX. Daryavus II.
- X. Artakhshatra II.
- XI. Artakhshatra III.
- XII. Arses.
- XIII. Daryavus III.

CAPITULO XV

El mundo oriental en el momento de la conquista macedónica.

Susiana y los pueblos del Norte; Asiria y Babilonia: Predominio del elemento arameo.—Los judíos: Esdras y Nehemías: La ley mosaica.—Egipto.

Dirijamos ahora una ojeada á las regiones en que se había desarrollado la historia del mundo primitivo, para ver lo que era de ellas.

Al Sur de la antigua frontera de las razas semíticas, se había dividido Elam en dos regiones sometidas á fortunas diversas. En la montaña, los uxios, los elimeos, los coseos conservaban su independencia y saqueaban aisladamente las comarcas cercanas, sin que nadie lograra castigarlos en sus guaridas. En cambio la población de la llanura había aceptado la dominación persa, y estaba dispuesta á acoger sin resistencia á cualquier dueño. La buena posición de Susa había llamado la atención de los aqueménidas. El antiguo palacio de los soberanos clamitas, edificado en un cerro artificial, refrescado en

verano por el viento de las altas mesetas, y calentado en invierno por las brisas tibias del Golfo Pérsico, se había convertido en su residencia predilecta. Darío, hijo de Histaspes, lo había reedificado. Ardió en tiempo de Artajerjes I, pero Artajerjes II lo restauró antes de pasar un siglo. En una de sus salas se prosternaron sátrapas, príncipes, vasallos y embajadores de otras naciones, ante los descendientes degenerados de Ciro. Año tras año presenciaron aquellos edificios las varias tragedias del harem, las maquinaciones de eunucos y mujeres, las orgías de Amitis y Amestris, las venganzas



Darío Codomano. (Retrato sacado de la pintura que representa la batalla de Isso.)

atroces de Parisatis y de Estatira. Allí cayó Jerjes I asesinado por Artabanos y Aspamitres y allí envenenó Bagoas á dos reyes seguidos. Preocupados los griegos con estos dramas sangrientos en que se decidió la suerte de medio mundo, no pensaron en averiguar lo que había sido Susa, y los indígenas, resignados á su condición presente, no se acordaban de las glorias pasadas. Los soberanos nacionales, sus incursiones en Caldea y Siria, sus campañas victoriosas á veces contra los conquistadores ninivitas, sus discordias, su derrota por Asurbanabal, todo se había olvidado. La imaginación helénica había substituído veinte dinastías con el héroe único Memnón, hijo de Titón y de la Aurora, que acudió á socorrer á Priamo con un ejército de etíopes, y cuya muerte había precipitado la ruina de Troya.

Las naciones que habitaban las mesetas del

Asia Menor y las montañas del Tigris y del Eufrates, Urarti y Van, Muskaya y Tabal, vecinas de Asiria hacia el Norte, diezmadas por la invasión escítica se habían doblegado ante razas más jóvenes y menos cansadas. Los muskhaya y los tabal habían sido partidos en dos pedazos; muchas de sus tribus, probablemente mezcladas con los restos de los cimerienses, se resistían en los valles hondos del Tauros, en Melitena y en Cataonia. Los demás, rechazados hacia el Norte, vivían en tiempo de Herodoto, en los distritos bañados por el Ponto Euxino, con los macrones, los mosinecos y los maros. Cuando el conquistador medo penetró en los parajes que habían ocupado, á los cuales dió el nombre nuevo de Katpatuka (Capadocia), no encontró más que á los sirios blancos, restos de los hittitas y un pueblo nuevo, los armenios. Los armenios, que salieron de Frigia á fines del séptimo siglo, se habían instalado al principio en los distritos próximos á su patria y luego se habían ido acercando á las fuentes del Halys. En tiempo de Herodoto poseían la faja de terreno situada al Este del Eufrates, la Armenia Menor de los geógrafos romanos, y la parte occidental del curso del Arsanias. Formaban la décimotercera satrapía, mientras la gente del Urarti, los Alaradios, estaban comprendidos con otras gentes, en la XVIII. Durante los disturbios que siguieron á las campañas de Grecia, se modificó el aspecto de aquellos lugares. Los moscos se separaron de los tibarenos y se fueron á buscar á los cólquidos en la cuenca del Fasio. Los alaradios, rechazados hacia el Norte, se fundieron entre los pueblos semisalvajés que se apoyaban en el Cáucaso. Los armenios, impulsados cada vez más al Este, se apoderaron lentamente de la masa montañosa que se yergue entre el Asia Menor y el Caspio y bajaron á las llanuras del Araxes. Cuando surgió Alejandro en Asia, habían terminado su movimiento de evolución, absorbiendo ó destruyendo á aquellos habitantes primitivos que no habían emigrado y sus príncipes ejercían una verdadera autoridad real, con el título modesto de sátrapas. Capadocia se había repartido en provincias, la Capadocia propiamente dicha y el Ponto, cuyos gobernadores hereditarios, emparentados con la familia Aqueménida, no aguardaban más que una ocasión para declararse reyes. El mundo belicoso y bárbaro co-

nocido por los conquistadores asirios entre la llanura de Mesopotamia y el Mar Negro ya no existía. Tres reinos nuevos nacían de sus ruinas y borrraban hasta la memoria de él.

En el dominio propio de las razas semíticas, entre las costas del Mediterráneo y las últimas estribaciones de la meseta de Irán, la decadencia era menos general, y sobre todo menos perceptible. Sólo una mitad de los pueblos antiguos había desaparecido. Más acá del Eufrates, habían muerto los rutumí y los khati, así como había muerto Gargamish, Aspad y Kodshu. Las ciudades que se habían librado de la destrucción, como Damasco, Hamath y otras, vegetaban obscuramente, y distritos enteros habíanse convertido en desierto, por falta de brazos para el cultivo. Empobrecida Fenicia por la destrucción de Sidón y Tiro, le costaba trabajo reparar sus desastres. No le quedaba una colonia y los pequeños reinos de Chipre que estaban aún bajo su influencia, bastante tenían con defenderse contra los griegos. La misma Asiria no parecía más que un recuerdo perdido en las lejanías del pasado. La parte de su territorio comprendido entre el Tigris y el Eufrates era casi una soledad. Sangara, Nisibis, Resaina y Edessa, situadas junto á las montañas, conservaban algún vigor y vivían bien ó mal de sus propios recursos. Pero según se bajaba hacia el Sur, se encontraban montones de ruinas en lugar de las ciudades numerosas que hallaban antes los conquistadores ninivitas en el camino de Siria. Alrededor se extendían llanuras secas y pedregadas recorridas por leones, onagros, avestruces, antílopes y avutardas, y por donde vagaban los árabes semitas. A las orillas del Tigris la población no era densa ni vivía feliz. Los desterrados asirios, libertados por Ciro después de la caída de Babilonia, habían reconstruido á Asur y se habían enriquecido con el cultivo y el comercio, pero el distrito que separa los dos Zab, no era más que una maleza, y la Asiria propiamente dicha no se había repuesto del golpe recibido.

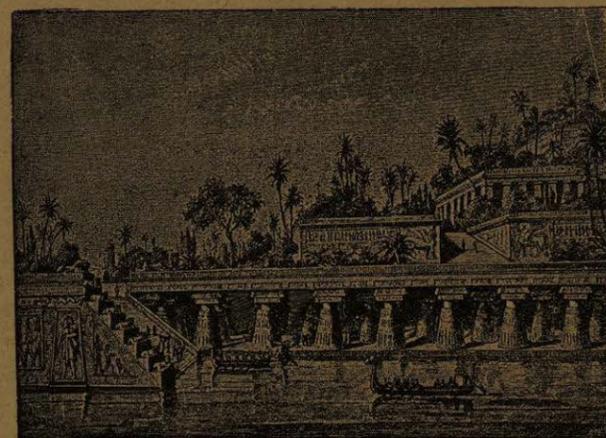
Kalakh estaba desierta y Nínive ofrecía el mismo aspecto que su vecina. Cuando Jenofonte atravesó el país, apenas habían pasado doscientos años desde la muerte de Saracos, y los habitantes de los pueblos vecinos ignoraban cuáles eran las ciudades arruinadas que tan cerca tenían. Llamaban Larisa á Kalakh

y Mespila á Nínive, y ni los historiadores estaban mejor enterados. El linaje terrible de conquistadores que empieza en Tugultinip y acaba en Asurbanabal, estaba representado para ellos por dos personajes fabulosos Semíramis y Sardanápalo. A Semíramis se le atribuían victorias y conquistas, y á Sardanápalo la parte refinada y sensual de la raza. Cuanta cosa asiria encontraban los viajeros se consideraba obra de uno ó de otro. Semíramis había fundado, según ellos, los principales monumentos de Babilonia, las mayores ciudades de Armenia y Med'a, había dejado inscripciones conmemorativas en el monte Bagistan y había consultado el oráculo de Júpiter Amón. La pirámide caída de un templo de Nínive señalaba la tumba de Sardanápalo, y en ella se creía que había figurado el célebre epitafio de este rey sibarita: «He reinado, y mientras he visto la luz del sol, he bebido, he comido y he hecho el amor, sabiendo cuán corto es el tiempo que viven los hombres y á cuántas vicisitudes y miserias está sujeto». Otros creían que el rey de Asiria estaba enterrado cerca de Tarse.

En un solo punto se perpetuaba sin perder esplendor la civilización de las orillas del Eufrates. Caldea, al perder su independencia, no había perdido su riqueza ni su prestigio. Sus frecuentes revoluciones no la habían perjudicado y persistían la mayor parte de sus ciudades. Los griegos conocían poco á los habitantes de la Baja Caldea. Herodoto se contenta con decir que tres de sus tribus se alimentaban exclusivamente de pescado. Para la mayor parte de los viajeros, Babilonia representaba á toda Caldea; pero sólo era en realidad la segunda capital efectiva del imperio, donde residía la corte varios meses al año, y donde se encontraban los recursos de comercio é industria de que carecía Susa. Desde el primer siglo después de la conquista, había tratado varias veces de restaurar su dinastía nacional, pero después del saqueo de Jerjes, se había resignado á la servidumbre. Los muros con que Nabucodonosor había querido defenderla de

las invasiones, seguían erguidos á pesar de sus brechas, y excitaban la admiración de los extranjeros por sus dimensiones.

Demasiado vasto era el recinto fortificado para la población que encerraba. Barrios enteros eran montones de ruinas y los jardines invadían los espacios antes edificados. Los edificios públicos habían perdido tanto con la guerra como los particulares. Los templos despojados por Jerjes no se habían restaurado: el de Belo estaba sepultado á medias entre escombros. Los palacios de los antiguos reyes se derrumbaban. Sólo se veían en la ciudadela los famosos jardines colgantes, cuya invención se atribuía á Semíramis, pero las personas bien en-



Los jardines pensiles de Babilonia atribuidos á Semíramis.

teradas sabían indudablemente que los había construido uno de los príncipes posteriores á la heroína, para una amante suya. Según dice Diodoro de Sicilia, se contaba que esta mujer, oriunda de Persia, echaba de menos el verdor de sus montañas, y suplicó á su amante que se las hiciera recordar con plantaciones artificiales. Aquel jardín, de forma cuadrada, tenía cuatro *pletros* de lado y terrazas superpuestas en forma de anfiteatro, sostenidas por columnas que elevándose gradualmente, soportaban el pie de las plantaciones. La columna más alta tenía cincuenta pies de elevación y sostenía el coronamiento del jardín. Cubría las terrazas una masa de tierra suficiente para recibir las raíces de los árboles mayores, y estaba llena de plantas de todas clases, que encantaban la vista con sus dimensiones y su hermosura. Había una columna hueca de arriba abajo, y contenía máquinas hidráulicas